



Capítulo 422: Has recorrido un largo camino

La brisa salada atravesó el aire, incluso sobre el altar improvisado que flotaba en la tranquila superficie del Atlántico. Un círculo de contención en espiral brillaba débilmente bajo los pies de las tres— runas que bailaban en un patrón de intersecciones angulares, pulsando en un tono azul plateado, como si convocaran una fuerza antigua.

En el centro, un pedestal de obsidiana forjado por Paimon con magia infernal y bañado en plata líquida alquímica por Viviane sirvió como foco para los fragmentos que habían permanecido sellados durante siglos.

Viviane y Paimon se enfrentaron.

La tensión entre ellos era sutil pero presente.

Paimon, como siempre, lució un vestido demasiado ajustado y elegante para la ocasión—negro, con detalles dorados y un generoso escote que dejaba claro el juego de provocación que mantenía como su propio estilo.

Con una sonrisa lánguida y un gesto teatral, Paimon llevó una mano a su propio busto.

"No frunzas el ceño", dijo con aire de aburrimiento. Créanme, estos compartimentos son mucho más útiles que sus bolsas dimensionales, magos

Viviane entrecerró los ojos, observando atentamente el gesto... y con un dejo de perplejidad.





Cuando Paimon sacó tres brillantes fragmentos de Excalibur de su escote — cristalino, perfecto, cada uno irradiando un aura casi incómoda—, Viviane no pudo evitarlo. Miró su propio pecho y luego levantó una ceja.

"¿Puedes ocultar cosas así tan fácilmente...?" Ella murmuró, más para sí misma que para los demás.

Vergil, que estaba justo detrás de ella, puso los ojos en blanco y cruzó los brazos.

"Viviane, por favor concéntrate en el ritual"

Ella chasqueó la lengua. "Solo una pregunta legítima, vamos..."

Pero pronto el tono cambió. Caminó hasta el centro del círculo e hizo un gesto a Paimon para que colocara los fragmentos en el pedestal. Tan pronto como las tres piezas tocaron la superficie encantada, un brillo dorado se elevó en pequeños remolinos —pura energía sagrada ancestral, crepitando con recuerdos e ideales que ya no encajan en el mundo moderno.

Viviane respiró profundamente y miró a Vergil. "Necesito las cuchillas. "Los tres."

Vergil asintió. Con un gesto, sacó las dos espadas de Iridia y Zex que estaban atadas a su cintura —armas de las dos doncellas católicas, cada una todavía pulsando con resonantes fragmentos rúnicos. Se los entregó con cuidado a Viviane y luego, con un movimiento más deliberado, convocó a Yamato.





La espada apareció con un ligero sonido cortante, como si el aire mismo le hubiera dado paso. Su hoja de tono oscuro con bordes azulados parpadeaba con una energía contenida—antigua, afilada, pura.

Viviane colocó todas las espadas alrededor del pedestal central, alineándolas con cuidado reverente. Luego se inclinó y examinó cuidadosamente los accesorios energéticos. Yamato parecía "vivo", armonizando silenciosamente con los fragmentos de Excalibur, mientras que las otras dos espadas —restos de la dualidad elemental y espiritual de Iridia y Zex— parecían resistir, pero también... ceder.

"Es posible", dijo finalmente, todavía arrodillada, con los ojos analizando focas invisibles. "La fusión... o absorción, cualquiera que sea la forma en que se produzca esta unión... es factible. Especialmente por Yamato. Ya ha asimilado parte de Excalibur anteriormente. Pero..."

Ella se levantó lentamente y sus ojos se encontraron con los de Virgilio. Hubo vacilación allí. Una sombra de genuina preocupación.



"¿Pero?" Él preguntó.

"No sé qué te hará esto."

Vergil mantuvo su rostro neutral. "¿Crees que podría morir?"

Viviane cruzó los brazos, pensativa.

"No. Conociendo tu cuerpo —y sí, lo conozco bien— tu estructura ya no es la de un demonio común y corriente. Eres demasiado resistente. Demasiado fluido en esencia. Pero... esta energía es sagrada, Virgilio. Sagrado de manera primordial. Purificar. Disruptivo."



Ella hizo una pausa, tensa.

"Y tú eres un demonio. Aunque eres uno de los más refinados y controlados... todavía lo tienes corriendo por tus venas. Puede que esta fusión no te mate, pero puede... hacerte daño. Cambiarte. Corrompe o purifica algo dentro de ti. Y no tengo idea de lo que eso traerá."

Vergil no respondió de inmediato. Su mirada se dirigió al pedestal, observando los fragmentos que flotaban sutilmente sobre la obsidiana, girando lentamente como planetas alrededor de un sol invisible.

Las palabras de Viviane resonaron en su mente—pero había algo que ella y Paimon no sabían. Algo que nunca le había dicho a nadie desde su enfrentamiento con Spectre, cuando luchó dentro de su propia mente y mató ese reflejo distorsionado.



La verdad era que algo había cambiado en él durante esa pelea.

Él lo había sentido. No fue sólo una victoria sobre una sombra — fue una transición. La energía liberada en ese choque, sumada al fragmento de Excalibur que había absorbido, había reescrito parte de su esencia.

Ya no era sólo un demonio.

Ahora era un nefilim.

La fusión de humano y demonio en equilibrio... pero ahora, con una chispa divina susurrando en su alma. Sutil, invisible incluso a los ojos de hechiceros y arcontes. La huella dejada por Excalibur no lo rechazó... lo acogió con agrado.



La energía sagrada que tanto preocupaba a Viviane... no sería un problema.

Pero él no dijo nada.

Todavía no.

Necesitaba que creyeran en el riesgo. En la urgencia. En la seriedad. Necesitaba que se tomaran todas las medidas de seguridad al extremo. Porque si algo realmente se saliera de control —incluso con su nueva naturaleza— el impacto seguiría siendo catastrófico.

Virgilio los miró de nuevo. "Sea lo que sea que esto cause... lo haremos de manera controlada. "Utiliza todos los sellos, barreras y anclajes que tengas"

Viviane asintió. "Ya estoy trabajando en ello. Pero necesitaremos su plena cooperación. El ritual requerirá más que fuerza. Requerirá dedicación. No solo llevarás Excalibur. Se convertirá en una extensión de tu espíritu."

"Lo sé", respondió con voz profunda pero tranquila.

Paimon, que hasta entonces había guardado silencio, dejó escapar un suspiro divertido. "Mírenlos a ustedes dos... casi parecen sacerdotes debatiendo doctrina. Ce adorabil."

Viviane la miró fijamente. "Si no vas a ayudar, al menos no te interpongas en tu camino"





"Ya ayudé. "Traje los fragmentos", replicó Paimon con una sonrisa aguda. "Si muere en el proceso... bueno, al menos tendremos el espectáculo de una nueva constelación apareciendo cuando el cielo se rompa"

"Demasiado poético para alguien que se viste como una reliquia del infierno" Viviane se volvió hacia el altar.

Viviane respiró profundamente y reunió toda la concentración que requerían siglos de práctica. Estaba a punto de comenzar algo que, incluso para ella, rayaba en lo imposible. Con un gesto preciso, trazó un símbolo en el aire con sus dedos—una triple espiral entrelazada con vértices de luz púrpura. El aire a su alrededor vibraba ligeramente. El círculo de contención respondió con una pulsación más intensa, como si el propio espacio reconociera que se acercaba un nuevo punto de inflexión.

Las espadas de Iridia y Zex estaban colocadas una al lado de la otra, tocando la base del pedestal de obsidiana. Los tres fragmentos de Excalibur, todavía levitando sobre el centro, intensificaron su luz dorada cuando Viviane comenzó a cantar una antigua liturgia de fusión en voz baja.



Las runas flotaban en el aire alrededor del altar, compuestas de lenguas olvidadas —partes de antiguos encantamientos celtas, ceremoniales élficos y de Avalon. La plata líquida que cubría la superficie del pedestal comenzó a moverse, elevándose como finos tentáculos alrededor de los fragmentos y espadas.

El calor aumentó. El aura sagrada se extendió, tocando los bordes de la barrera de contención, haciendo que los glifos que contenía brillaran como brasas vivientes.

Paimon, ahora sentada sobre una piedra lateral, chasqueó los dedos fingiendo aburrimiento, pero ni siquiera ella pudo ocultar su mirada atenta. Ella sabía que estaba presenciando algo raro.

Virgilio permaneció inmóvil. El Yamato, todavía en su mano, parecía vivo e inquieto —como si quisiera saltar al centro del ritual, unirse al proceso antes de tiempo.

—Primero, las herencias —murmuró Viviane, más para sí misma que para nadie.

Un destello blanco envolvió las espadas de Iridia y Zex. Luego las cuchillas comenzaron a desmontarse —no en partes físicas, sino en capas de energía. Los espíritus y las esencias ocultas que los habían compuesto durante décadas se separaron, como si estuvieran siendo desentrañados hasta sus núcleos místicos.

Viviane hizo un gesto más amplio, dibujando un nuevo sello en el suelo con las yemas de los dedos. Cuando la runa estuvo completa, las capas de energía de las dos espadas comenzaron a entrelazarse, tejiendo una nueva estructura. Ya no era fuego ni hielo. Ni luz ni oscuridad. Era algo nuevo. Una espada espiritual aún en gestación.



En ese momento, los fragmentos comenzaron a reaccionar.

El fragmento más grande, que una vez formó el corazón de la empuñadura de Excalibur, emitió un sonido que no era un sonido —un zumbido en las almas de los presentes, una vibración directamente en el núcleo de sus cuerpos. Los otros dos fragmentos siguieron su ejemplo, girando cada vez más rápido, hasta que, en un instante, las tres piezas chocaron.

El impacto no los rompió. Los fusionó.

Y por un momento, el mundo se quedó en silencio.



Sin viento. Sin sonido. Sin movimiento.

Una figura etérea, dorada y transparente, apareció sobre el pedestal —no con una forma definida, sino con la vaga silueta de una espada flotando en la luz.

Viviane jadeó y el sudor goteaba por su sien.

"Ahora... necesita estabilizarse", dijo con los dientes apretados, extendiendo las manos y canalizando energía. "Aún no es una espada. Todavía es sólo... potencial puro."

Movió una de sus manos hacia la fusión espiritual de las espadas de Iridia y Zex y empujó la energía resultante hacia la silueta dorada del nuevo Excalibur.

Lo que siguió fue una ola de fuerza que sacudió el aire, como una explosión silenciosa. Paimon fue empujado unos centímetros hacia atrás. Virgilio tuvo que plantar los pies para evitar retirarse.

La espada dorada absorbió la energía de las espadas católicas... y brilló con una intensidad absurda.

Empezó a tomar forma. Primero, una cuchilla. Luego, una delicada y elegante empuñadura en forma de cruz, con restos del símbolo celta que Viviane utilizó en sus propios hechizos. La espada exudaba majestad.

Fue hermoso. Y era peligroso.

Viviane se tambaleó y se apoyó en una rodilla.





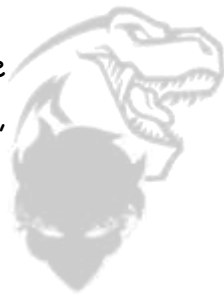
"Logré estabilizar la forma primaria", dijo entre jadeos. "Pero aún no está completo. Yamato sigue desaparecido."

Vergil dio un paso adelante al mirar la nueva espada. La sensación que emitía era extraña —como si estuviera ante algo que lo conocía mejor que él mismo. Como si lo estuviera observando desde dentro de la espada.

Él lo sabía. El último paso sería el más delicado. Fue allí donde su cuerpo —o su alma— pudo ser destruido, corrompido o transformado.

Pero no dudó.

Con un movimiento fluido, hizo girar a Yamato por el aire, hizo un corte diagonal y, con absoluta precisión, clavó la hoja en el suelo del altar, directamente frente al nuevo Excalibur.



El sello reaccionó.

El círculo brillaba de color púrpura y dorado, luego de color rojo carmesí.

Yamato tembló levemente, como en protesta.

Los ojos de Viviane se abrieron. "¡Espera! Es resistirse—"

"No", dijo Virgilio. "Es reconocer."

El pedestal tembló. La hoja dorada del nuevo Excalibur oscilaba en el aire y luego se elevaba por sí sola, como guiada por una voluntad invisible.



Yamato respondió con un destello azul oscuro, liberando una onda de energía dimensional que fue inmediatamente absorbida por la otra espada. Era como si dos polos opuestos de la realidad chocaran y trataran de alinearse.

Viviane comenzó a cantar el encantamiento final, cosiendo el ritual junto con las últimas runas. Los sellos explotaron en cascadas de luz alrededor del altar. El suelo tembló. El mar de abajo comenzó a girar en espiral.

En el centro de todo, Yamato y el nuevo Excalibur se tocaron. No en metal—sino en esencia.

Y en el momento en que se fusionaron, Vergil lo sintió.

Un impacto directo en su alma.

"Has recorrido un largo camino, muchacho", escuchó de repente Vergil.

